

EL CASO REYNOLD GONZALEZ

RAMON CHAO

Reynold González, ex prisionero político cubano, llegó a Madrid el 12 de diciembre de 1977, después de pasar catorce años en un campo de trabajo en su país. Condenado en 1963 a treinta años de detención por actividades al frente de movimientos antirrevolucionarios, fue liberado dieciséis años antes del cumplimiento de la pena.

Gabriel García Márquez desempeñó un papel importante en las gestiones que culminaron en la libertad de Reynold González. Esta actuación accidental del escritor colombiano surgió de su interés (político, humano, literario) por el régimen carcelario de Cuba, y principalmente por la situación de los presos políticos de la isla.

A L principio de la Revolución, las condiciones carcelarias eran malas; las cárceles no sólo databan de Batista, sino incluso de la colonia española. Había una superpoblación en las prisiones. La situación del país era tan dura que no sólo los presos, sino también la gente libre, tenía dificultades para comer; hay que suponer, pues, que tampoco los presos podían estar en condiciones ideales. Pero a medida que la Revolución fue evolucionando, estas condiciones mejoraron, hasta el punto de que hoy todas las viejas cárceles coloniales y de Batista están desactivadas: la isla de Pinos está desafectada, La Cabaña es ahora un museo, y se constituyó el Combinado del Este, que es una cárcel muy moderna, cerca de La Habana, donde están en las mejores condiciones posibles prácticamente todos los presos políticos. Hay en ellas también delincuentes comunes, por supuesto, y existe en esa cárcel la visita conyugal, que en muy pocos países del mundo está autorizada".

García Márquez está escribiendo un libro sobre la vida diaria en Cuba durante los años del bloqueo: cómo se las arreglaban los cubanos (y los animales de la Casa de Fieras —¡el elefante mulléndose una monumental pizza cotidiana!) para sobrevivir y llevar adelante la Revolución, sin olvidarse de los que, por diversos motivos (contrarrevolucionarios, indiferencia, creencias o supersticiones, etcétera), estaban al margen o en contra del imparables proceso.

Esto le llevó a García Márquez a pedir autorización para visitar las cárceles cubanas y a hablar con los presos más significados —por sus largas conde-



El hecho de estar escribiendo un libro sobre la vida en Cuba durante los años del bloqueo llevó a García Márquez a visitar las cárceles y a hablar con los presos más significativos.

nas o por sus pasados políticos relevantes.

Y así conoció a Reynold González.

Tendría éste veintitrés o veinticuatro años (debe andar ahora por los cuarenta y cuatro) cuando triunfaron los rebeldes castros. Trabajó con el Movimiento del 26 de Julio con entusiasmo, habiendo sido secretario de las Juventudes Obreras y adjunto de David Salvador en la Confederación de Trabajadores Cubanos. Al radicalizarse la Revolución y al precisarse su carácter marxista, Reynold González se encontró ante una contra-

dicción ideológica y política: como cristiano no podía aceptar el materialismo histórico, y como miembro de las Juventudes Católicas se opuso a las medidas de nacionalización y de reestructuración de la sociedad cubana. Se lanzó a fondo en la subversión, y pronto se encontró al frente de uno de los más serios

director económico de un plan agrícola, lo equivalente al gerente en la terminología capitalista. Su actitud y sus actividades le valdrían la reducción de varios años de condena.

García Márquez quiso hablar con Reynold González por tratarse de un caso ejemplar. Y no sólo por lo antedicho: Los movimientos católicos internacionales habían emprendido una campaña denunciando el tratamiento a que estaba sometido: torturas, enfermedad, crueldades, etcétera. Se habló, incluso, de la existencia de un informe de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas en el que revelaba la llegada a Cuba de tres psiquiatras japoneses con la única misión de hurgar en el cerebro de Reynold. García Márquez le conoció hace tres años, cuando ya había cumplido cerca de catorce y le faltaban unos dieciséis:

"La primera vez que nos encontramos hablamos durante cinco o seis horas, y descubrí a una persona sorprendente por su gran seriedad, por su objetividad y por la claridad con que contaba su vida en la cárcel. Le pregunté si le habían torturado. Me aseguró que no le habían torturado nunca. Le expliqué que era lógico que en la situación en que se hallaba me contestara eso y que lo mismo me diría si le hubiesen torturado. "Eso que me dice es cierto", añadió y concluyó: "Si me hubieran torturado y me lo hubiera preguntado usted hace cinco años, yo probablemente le hubiera dicho que no. Pero si me hubiesen torturado, yo ahora le respondería que sí. ¿Por qué esa diferencia? "Porque en esos momentos ya conozco bien cuáles son las condiciones de mi detención, y que no tendría ninguna consecuencia grave para mí".

A raíz de estas visitas a los campos de prisioneros, García Márquez publicó un estudio sobre el régimen carcelario cubano, citando el caso de Reynold González y relatando su entrevista con él.

Vivía en Miami Teresa Alvarez, esposa de Reynold González, con sus dos hijos. Teresa es cató-



Reynold González, del que García Márquez dice: "Descubrí a una persona sorprendente por su gran seriedad, por su objetividad y por la claridad con que contaba su vida en la cárcel".

lica, como Reynold, y habían militado en el mismo grupo antirrevolucionario. Ellos aseguran —y otras fuentes parecen confirmarlo— que en 1961 ya estaban desarticulando su movimiento. Reynold envió a su esposa —que estaba encinta— a los Estados Unidos; él la seguiría poco después. Pero la noche en que iba a embarcar hacia Miami le detuvieron. Teresa, que tuvo dos gemelos —varón y hembra, de quince años ya—, trabajó desde entonces para liberar a su marido. Viajó, habló con todo el mundo —con presidentes, con dirigentes de la Democracia Cristiana—; evitó siempre las campañas de propaganda que presentaban a su marido como una víctima de verdugos y torturadores sádicos, prefiriendo las gestiones de tipo humanitario.

"Hay una cosa que indigna mucho a los cubanos, y es que se diga que torturan a los presos. Porque de Cuba se ha dicho todo, pero nadie puede demostrar realmente que hayan torturado a un preso. En el Código de la Sierra se estableció, ante el horror que provocaron las torturas de los agentes de Batista, que ja-

más la Revolución torturaría a nadie. Yo he hablado con mucha gente, con presos, he tratado de averiguar, y no ha sido posible encontrar un caso de tortura".

Teresa crió a sus hijos con la constante presencia del padre. Les hablaba de él, les contaba la verdad de lo ocurrido. Reynold pasó por diversas etapas en su detención, hasta que le autorizaron a hablar por teléfono. Fue hace unos seis o siete años. Aquel día charlaron durante seis o siete horas seguidas. Llamaba él desde Cuba, a cobro revertido. Ella se gastaba la mitad de su sueldo en teléfono. De esta forma, Reynold escuchó los balbuceos de sus hijos, sus primeras palabras, y les enseñó a construir las frases en español. Últimamente, su hija le leía los poemas y con su hijo jugaba él al ajedrez. Así ejercía sus funciones paternales desde la cárcel.

Cuando Teresa leyó el informe de García Márquez, salió inmediatamente para México, con el fin de hablar por primera vez con alguien que había visto a su marido. "Mantuve una larga conversación con Teresa, que me pareció una persona extraor-

dinaria, una mujer de gran carácter. Le comuniqué que Reynold ya había expiado sus antiguas actividades, y que ésta era también la opinión de los cubanos; que no era ya completamente justo que siguiera en la cárcel, porque era un hombre que no debía considerarse peligroso para la Revolución, y que humanamente era ya justo que saliera, aunque, realmente, no pensaba que yo pudiera hacer nada para sacarle de donde estaba. Cuando nos despedimos, Teresa me dijo: 'Si usted ve a Fidel Castro, dígame que quince años es mucho tiempo'. Yo no se lo prometí, pues me parecía muy difícil plantearle alguna vez a Fidel este asunto".

En sus continuas estancias en Cuba le ocurría a García Márquez entrevistarse con Fidel Castro. Sin embargo, a la primera persona que habló de Reynold fue a Carlos Rafael Rodríguez. El vicepresidente del Consejo de Estado le contestó que ese asunto estaba prácticamente resuelto y que se hallaba pendiente de una serie de trámites.

Sucedía esto en el curso del último trimestre de 1976. Muchos indicios hacían presumir que se estaba preparando una amnistía general en Cuba. Tal vez la seguridad con que hablaba Carlos Rafael Rodríguez sobre la suerte inmediata de Reynold González se debiera a eso. Ocurrió entonces el bárbaro, odioso y criminal atentado contra el avión de Cubana de Aviación, que se dirigía de la isla Barbados a La Habana el 6 de octubre de 1976. Murieron setenta y seis pasajeros, entre ellos, todos los miembros del equipo nacional de esgrima. Se dice que este atentado trastornó todos los planes de amnistía general. "Un muy importante dirigente político con quien yo comentaba esto me dijo que no le extrañaba nada que los anticastrotristas hubieran cometido ese atentado para impedir que se decretara una amnistía, y me añadió textualmente: 'Porque Cuba, sin esos presos políticos que tiene, sería un régimen totalmente invulnerable'. De modo que a los propios enemigos de la Revolución cubana que están fuera de Cuba les interesa muchísimo que siga habiendo presos políticos, al contrario de la alharaca que hacen para que los liberen.

Yo, por mi parte, tengo la impresión de que los cubanos no han establecido una buena propaganda en lo referente a la liberación de los presos. Hubo un

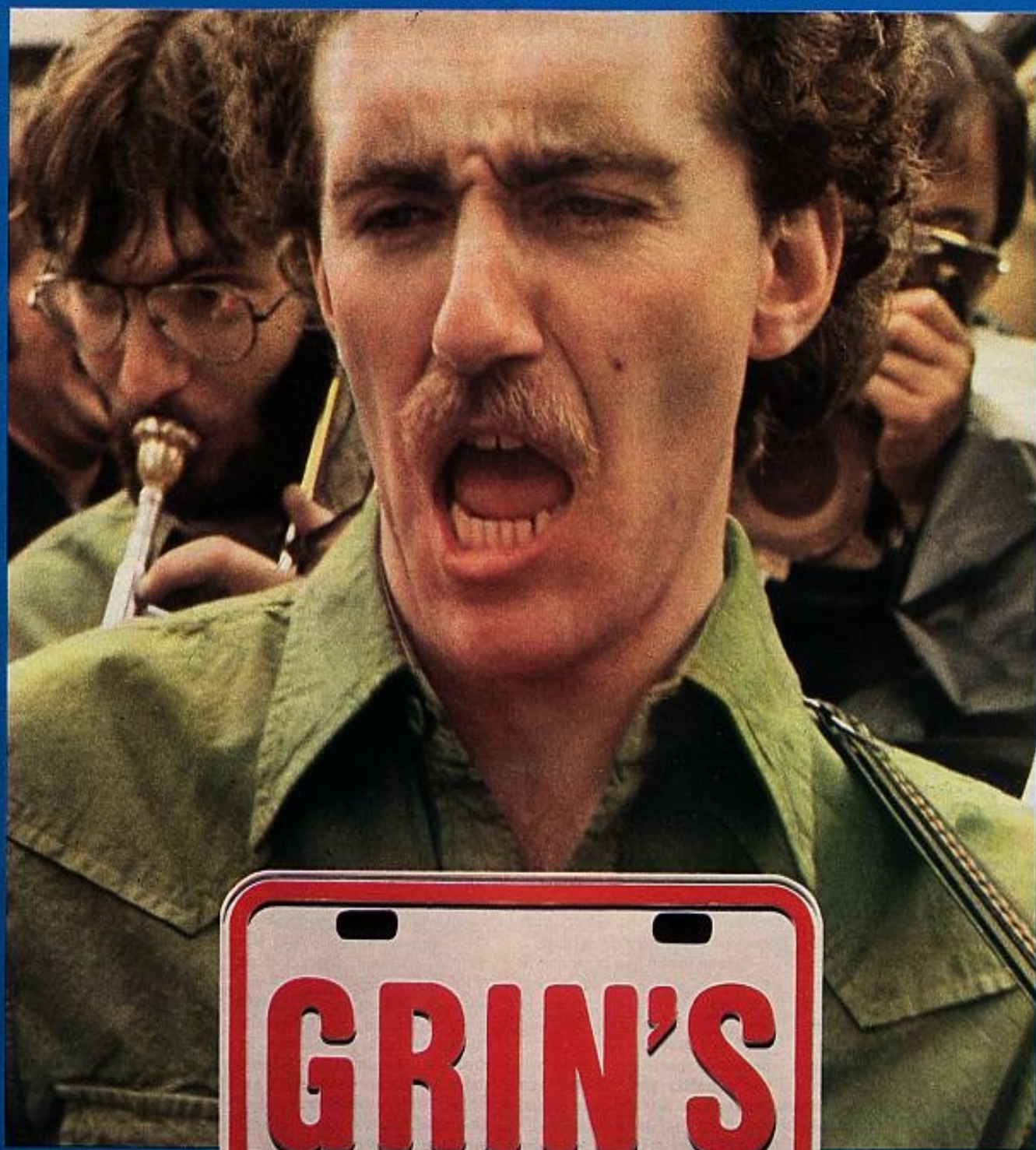
momento, hacia 1961, sobre todo cuando el desembarco de Bahía Cochinos, en que llegó a haber veinte mil presos, que podían considerarse presos políticos. Fidel Castro, en una entrevista con Bárbara Walter, de la NBC, dio una cifra de tres mil. Esto fue hace cosa de un año, tal vez menos. Y yo creo que esa cifra se redujo muchísimo desde entonces, porque están soltando presos permanentemente y de forma silenciosa. Ellos llevan la política de hacer estas cosas discretamente. Así que han reducido los presos de veinte mil a unos dos mil, y, sin embargo, nunca han explotado este hecho publicitariamente".

García Márquez habló con Fidel varias veces después de este acontecimiento, sin encontrar la oportunidad para abordar el tema de Reynold. Pero hace poco menos de un año, en junio de 1977, "estábamos Mercedes y yo conversando con Fidel y empecé a exponerle una serie de puntos. Fui tratando uno por uno: primero..., segundo..., y cuando concluí con el punto quinto, Fidel, que estaba de muy buen humor, me preguntó: '¿Y el punto sexto, cuál es?'. Yo, que no llevaba más que cinco temas, encadené: 'El punto sexto es que me gustaría llevarme a Reynold González conmigo para México'".

Fidel no se sorprendió. Conocía bien el asunto, sabía que Reynold era un hombre rehabilitado y que no se trataba, como sucede a menudo en estos casos, de pedirle un preso al todopoderoso, sino, sencillamente, de abreviar una serie de trámites necesarios, pero que podían ser largos por cuestiones burocráticas. García Márquez salía al día siguiente para México, y el plazo le pareció a Fidel demasiado corto: "Es imposible liberarlo para mañana, porque el sistema está ya totalmente institucionalizado. Yo no puedo decidir que un preso salga de la cárcel en veinticuatro horas". Pero prometió ayudarme porque le parecieron justos los argumentos que yo le di, y me repitió: "Me voy a ocupar para que este asunto se ponga en marcha. No hay ningún problema en eso".

Regresó a México García Márquez convencido de que el caso de Reynold se iba a resolver rápidamente. Teresa le llamó por teléfono, como cada vez que los periódicos daban la noticia de los viajes del escritor. "Yo no le decía nada porque desconfío del teléfono y también porque no

la mia no es una canción de moda



viste fuerte

LIWE ESPAÑOLA SA

EL CASO REYNOLD GONZALEZ

estaba autorizado a hablarle de esto. Así es que ella no sabía que yo estaba haciendo las gestiones que me había pedido".

"Quince años es mucho tiempo", le había dicho García Márquez a Fidel, repitiéndole la frase de Teresa. Y el escritor esperaba que la liberación de Reynold fuera un asunto de dos o tres semanas. Había hablado con Castro en junio, pero pasó ese mes, pasó julio, pasaron agosto, septiembre, octubre, noviembre y llegó diciembre de 1977. Ese fin de año, García Márquez hizo escala en Cuba por casualidad. Tenía pensado venir a Europa directamente desde México. Mas sus obligaciones de presidente del Comité preparatorio de Colombia para el Festival de la Juventud le obligaron a detenerse en La Habana. Asistió a una recepción en la capital. En el momento de entrar se le acerca Fidel, que se encontraba en el otro extremo del salón: "El asunto está completamente resuelto. De manera que si quieres llevarte a Reynold puedes hacerlo". "Ahora no, porque no voy a México, sino a España". "Bueno, puedes llevártelo a España o a donde sea, porque si hemos considerado que ha cumplido, no es justo que siga en la cárcel".

Era un sábado. García Márquez se embarcaba el domingo. Reynold González carecía de toda clase de documentación, de visado para entrar en España, etcétera. Le fueron a buscar al campo y no le encontraron. Esta-

ba disfrutando de la "franquicia", es decir, de estas setenta y dos horas de libertad. Era un sábado por la noche, conviene repetirlo. Sin embargo, todo se arregló: se localizó el lugar donde dormía, le hicieron el pasaporte el domingo por la mañana, al embajador español le solicitaron un visado urgente y de favor y a las cinco le depositaron en el aeropuerto. "Yo entré en el avión, y cuando estaba todo listo para despegar, un agente de la seguridad cubana me dijo: 'Reynold González va ahí detrás. Ahora es un hombre totalmente libre'".

Se elevó el avión de Iberia, y García Márquez se sentó al lado de "su" ex prisionero, al que encontró muy desconcertado, "y habla de qué. Acababa de pasar un día de esos en que uno se mantiene a puro tranquilizante, por la sorpresa, la agitación y la emoción. Entonces me dijo una cosa que luego repitió en una entrevista que le hicieron en 'El País': 'Usted se lo ha jugado todo por mí. Usted no me conoce, y simplemente por intuición de escritor ha pensado que debía hacer esto, y se ha comprometido por mí'. Yo no me he jugado absolutamente nada —le contesté—, porque si usted nos hace una putada, las autoridades cubanas jamás me van a reclamar a mí lo que usted pueda hacer. Es usted un hombre totalmente libre. Ha cumplido su condena y puede hacer lo que le dé la gana, y ni yo le voy a reprochar, ni las au-

toridades cubanas me lo van a reprochar a mí".

En realidad, parece que Reynold González no tiene la intención de reiniciar un combate anticastrista. Ha estudiado en la cárcel. Vio de cerca la evolución de su país, trabajó por la Revolución, conoce sus logros, aunque sigue en completo desacuerdo ideológico. Podría regresar a Cuba e instalarse allí. Pero su mujer ha adquirido la nacionalidad norteamericana, sus hijos nacieron en los Estados Unidos y a todos les sería muy difícil insertarse en la nueva sociedad cubana.

Aterriza el avión en Barajas. Nadie les espera. Teresa ignora todavía que su marido está libre. Se instalan en el hotel Suecia, y desde allí García Márquez telefona a Miami: "Teresita, te voy a pasar a una persona". Y yo les dejé solos. Sé que estuvieron hablando durante horas y horas. Y nada más. Para mí, ahí terminó el asunto".

Teresa y los dos hijos llegaron a Madrid al día siguiente. Poco después, una vez conseguido el visado para Reynold, la familia se dirigió a los Estados Unidos.

MORALEJA: "Los cubanos no ceden ante los enemigos de la Revolución. Ninguna de las gestiones que se habían hecho para presionar política y periodísticamente a Cuba, había dado resultados. Y yo tengo la impresión de que los cubanos son muy sensibles a la forma en que se formulan estas peticiones. Es decir, que todas esas campañas que se hacen en el exterior hablando de que los presos son torturados, de violación de derechos humanos, etcétera, no hacen sino exacerbar las cosas.

Ha sido una equivocación por parte de los enemigos de la Revolución el creer que podrían presionar sobre el Gobierno cubano. Porque, en realidad, lo hacen no para liberar a los presos, sino para atacar a la Revolución. Porque ahora, con esta nueva hipótesis, en la que yo nunca había pensado (de que hayan cometido el atentado de los Barbados para impedir que hubiera una amnistía) se ve más claro que se quedarían sin argumentos contra la Revolución si no hubiese presos políticos". ■ R. CH. Fotos: A. NAVARRO y BERNARDO PEREZ.



"Hay una cosa que indigna mucho a los cubanos, y es que se diga que torturan a los presos. Porque de Cuba se ha dicho todo, pero nadie puede demostrar realmente que hayan torturado a un preso."

V. REYNOLDS
La Biología de la Acción Humana
350 pesetas.

F. MARIET

Psicosociología actual
200 pesetas.

P. SCARDUELLI

Lévi-Strauss y el Tercer Mundo
120 pesetas.

C. FREINET

Ensayo de Psicología Sensitiva
250 pesetas.

A. MIRALLES

Nuevo teatro español:
Una alternativa social
250 pesetas.

R. DUMONT

La utopía o la muerte
290 pesetas.

L. WEINSTEIN

Salud y democratización
250 pesetas.

P. ROBINSON

La modernización del sexo
390 pesetas.

D. GUERIN

La Revolución Francesa
y nosotros
200 pesetas.

M. FERRO

La Revolución Rusa de 1917
250 ptas.

EDITORIAL VILLALAR

C/ Puerto Rico, núm. 3
MADRID - 16.